Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

A mis 90 años
PARA DAR SENTIDO A TU VIDA

Enseñanzas prácticas

Mira bien donde pones el pie y sean restos todos tus caminos (Prov. 4,26)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

ISBN: 84-7770-234-9
Depósito Legal: B-41282-94
Impreso en España por
Bigsa Industria Gráfica

PRESENTACIÓN

Amigos lectores:

Después de la experiencia adquirida durante los 90 años que Dios me ha concedido de vida, me ha parecido oportuno daros unas breves lecciones a todos, especialmente a los jóvenes para que sepan dar sentido a su vida desde su más tierna edad, pues ¡se vive una sola vez!

Yo quisiera que no perdiérais la juventud y supiérais desde pequeños ir por el camino de la virtud y no por el de los vicios y el pecado. Si todos se dieran cuenta del valor de la virtud, que *«es la que engrandece a los pueblos mientras que el pecado los hace miserables»* (Prov. 14,24), no dudo que todos se esforzarían en vivir conforme nos ordena la ley de Dios.

Las ideas que voy exponiendo en estas lecciones no son nuevas, son ya consejos que he dado en mi vida y que podréis hallar en los muchos libros que he escrito, y tienen

como fin encauzar vuestra vida por el camino del bien y deciros con el profeta Isaías: *«cesad de obrar mal y aprended a hacer el bien»* (1,16-17).

Al ver el espectáculo que nos ofrece hoy el mundo y como la mayor parte de las gentes no obedecen más que al placer y al interés y aplauden el vicio, no puedo menos de decir, como un día dijera Jouffroy, célebre profesor de la Universidad de París: ¡No hay hombres!

Nuestro siglo se ha entregado por completo a los placeres de la carne. Todos y en todas partes aspiran al lujo, al bienestar, a las diversiones... Los hijos de nuestro tiempo aspiran tan sólo a gozar, a gozar cada vez más. En esta atmósfera saturada de sensualismo y frivolidad, las almas no viven, vegetan y mueren al cabo por no poder respirar el aire puro de las cumbres.

Para que los jóvenes de hoy sepan ser hombres de verdad, necesitan una voluntad fuerte, capaz de emprender un trabajo serio para la reforma de los defectos y la adquisición de las virtudes.

El motivo de figurar en la primera página de este libro la imagen de la Virgen de la Antigua, patrona de Fuentesauco

(Zamora) con la del autor, es por haber estado allí mis primeros años de sacerdote como Coadjutor y luego como párroco quince años; y por el afecto que les tengo a los que fueron un día mis feligreses, es por lo que siento la satisfacción de dedicarles y regalar un ejemplar a cada vecino.

Mi deseo es que la lectura de este libro a base de ejemplos prácticos haga mucho bien a cuantos lo lean.

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 15 octubre 1994

LECCIONES PRÁCTICAS

Los jóvenes de ayer y de hoy

Grandes son los cambios que se dan en los jóvenes de nuestros días. En el siguiente ejemplo podemos verlos reflejados en la juventud.

Se refiere de Leonardo de Vinci que vio en un templo de Roma a un joven cantor llamado Pedro Bardinelli, cuyo rostro dejaba traslucir tal candor e inocencia, que lo escogió para pintar en su célebre cuadro de la «Cena» a San Juan Evangelista.

Algunos años después se encontró Leonardo en la calle con un mendigo desastrado, el cual reflejaba en su demacrado rostro una maldad tan diabólica, que pensó le serviría de modelo para la cara de Judas. Le prometió una buena cantidad de dinero para que se prestase. Y, cuando para observar más el contraste, le puso al lado de San

Juan, dijo sollozando el mendigo: «También serví yo de modelo para éste, pero entonces yo era un joven bueno; ahora, en cambio, soy un perdido, entregado a la bebida y al vicio».

¡Cuántos jóvenes siguen el camino de Pedro Bardinelli! En los primeros años de su vida los vemos inocentes, puros, obedientes y alegres, y luego viene el cambio cuando se meten en el ambiente del mundo, las discotecas, los cines o televisión inmoral, los malos compañeros... y terminan ensuciando su lengua y su corazón con palabras groseras, indecentes y hasta blasfemas, y juntándose con otros libertinos, se entregan al vicio, a la droga, a la impureza y así terminan perdiendo la pureza y la fe.

¡Joven! si esto lees, esfuérzate por encauzar bien tu juventud desde los primeros años, domina a tiempo tus malas pasiones para que no oscurezcan tu mente y perviertan tu corazón.

No andes triste. Siembra la alegría

Un niño de 12 años se presentó al desayuno con semblante sombrío, mudo y enfa-

dado. Como rocío se encendió el mal humor del niño por toda la familia. De repente el padre le dice: «Oye, chico, tu rostro no te pertenece». Desconcertado, levanta la cabeza el muchacho, y el padre repite: «Oye, chico, tu rostro no te pertenece porque tu no te ves; en cambio, nos pertenece a nosotros porque somos los que lo vemos. ¿Cómo te arrogas tu el derecho de obligarnos a contemplar tu rostro sombrío?»

Así habló el padre. El hijo lo comprendió y se calmó. Nadie tiene derecho a presentar a los demás una cara amarga, cargando de este modo un peso en las espaldas ajenas y turbando el temple del prójimo.

¡Joven! para dar sentido a tu vida vive siempre alegre, no vayas por el camino del mal. Da pena ver a jóvenes que entran, como el citado en casa de sus padres tristes y malhumorados, que amargan su vida y la de sus hermanitos. Si tu eres de estos, piensa en la causa de tu tristeza.

Toma la decisión de no amargar la existencia de tu madre y de los tuyos. A muchas madres he oído yo quejarse por la conducta de sus hijos, que entran en casa carácter osco y triste, sin darles apenas el saludo, y la causa en los más es que empie-

zan a entregarse a los vicios, a la bebida o a los placeres impuros. El alma se refleja en el rostro. La verdadera alegría nace de corazones puros y limpios.

A uno le oí hablar así: «Nos acostumbramos al mal, a la violencia, a la falta de honradez, a la murmuración, a la maldad... Comenzamos por no ser honrados una vez, luego dos, después tres... el hombre se habitúa a todo, hasta al pecado. ¿Qué debes hacer tu para cambiar de vida?

Si algún pecado torpe empieza a reinar en ti, combátelo, procura salir de él con una fuerte decisión por medio de una confesión sincera... Cuando el alma está limpia, tu rostro aparecerá alegre, llevarás la alegría a tu hogar y contribuirás a hacer felices a todos.

Plantéate la cuestión del pecado..., empieza por salir de él y así empezarás también a ser feliz y hacer felices a cuantos te rodean.

El papel de la madre

El gran pensador francés conde Maistre, en cierta ocasión, raciocinaba de esta manera:

«Los grandes valores culturales de la humanidad no fueron creados por las mujeres. La *Ilíada y la Odisea, la Divina Comedia y el Fausto,* la organización de los estados, las victorias militares, las magníficas catedrales no son obras de mujer, las debemos a los hombres. Y, con todo, porque son ellas las que llevan en su seno a los hombres del porvenir, son quienes modelan el carácter de una generación fuerte y digna». ¡Sublime es la autoridad de los padres!

El papel de la madre en la educación de sus hijos es básica y a veces insustituible. La madre es la primera escuela, la primera catequista, la primera educadora y el ángel custodio de sus hijos. Si estos desde el principio tuvieron derecho a nacer, desde su concepción y nacimiento tienen derecho a su formación.

La madre es responsable de la vida de sus hijos, y a las madres se dirigía ya San Clemente Romano: «No matarás a tu hijo por medio del aborto, ni matarás lo nacido, porque todo lo formado, que ha recibido alma de Dios, si es muerto, será vengado, como muerto injustamente».

Juan Pablo II ha dicho: «El hogar debería ser la primera escuela de la religión,

como también la primera escuela de oración... En el hogar comienza la evangelización, en el hogar surgen las vocaciones y se desarrollan».

Un ejemplo que habla elocuentemente de la influencia de la madre en sus hijos es este del *Cardenal Mindszenty:* «¡Con qué alegría me acuerdo todavía de los días de mi niñez! Nosotros, los tres hermanos, rezábamos con nuestra madre el Padrenuestro, el Avemaría, el Credo, los Diez Mandamientos y los cinco preceptos de la Iglesia. Al principio los considerábamos como oraciones y no se nos ocurría que nuestra madre había empezado ya así nuestra instrucción religiosa... Nuestra madre fue nuestra primera catequista. Sin notarlo siquiera nosotros, íbamos haciendo acopio de un gran tesoro de conocimientos religiosos».

Si falla la educación primera de las madres y no tienen los niños buenas escuelas, en el ambiente en que vivimos fácilmente se tuercen y la patria carecerá de hombres sabios e ilustres.

«Instruye al niño en su camino, que aún de viejo no se apartará de él» (Prov.. 22,6).

Hacen falta buenas madres

Cuéntase de Napoleón I que conversando cierto día con la señora Campagn sobre la educación, acabó por afirmar que todos los antiguos sistemas de educación no tenían valor alguno.

La señora Campagn no le interrumpió, y el emperador añadió satisfecho y con aire de triunfo: ¿Qué falta hoy en Francia para que las jóvenes puedan salir bien educadas?

—Una sola cosa, respondió ella con viveza: Faltan madres.

A esta respuesta tan inesperada como profunda, respondió Napoleón: Tenéis razón, he ahí todo un sistema de educación: formar madres que eduquen bien a sus hijos, para que estos sean grandes sabios y los prohombres del mañana.

Pío XII dijo: «Es arte difícil y laborioso el de formar bien las almas de los niños, almas tiernas... en las que una influencia funesta o un culpable descuido pueden dejar huellas indelebles».

Ahora cuando no faltan enemigos de la religión y de la sociedad humana que con un espíritu diabólico se ingenian para que los jóvenes y los niños sean excitados al

abandono de la fe y de la moral cristiana, se impone en las madres mucha vigilancia y cuidado sobre sus hijos y sobre sus hijas jóvenes para que se vayan formando en prácticas religiosas y no pierdan la juventud por entregarse a diversiones peligrosas frecuentando discotecas y centros de inmoralidad, para que si Dios no las llama a la vida religiosa —en la cual debieran pensar más porque en ella serían más felices—, sepan formarse para ser buenas madres apartándose del camino del mal y de cuanto pueda inducirlas al pecado.

... y también hacen falta buenas jóvenes

Las jóvenes, dado el ambiente en que nos movemos, están expuestas a muchos peligros. Ya desde los 14 o 15 años empiezan las horas de las tentaciones, y todos, por lo general, suelen sentir las de la carne o ciertas inclinaciones ante el descubrimiento del sexo contrario, y vienen los pensamientos deshonestos, ciertas inclinaciones o deseo de placeres impuros ...y pueden venir las caídas y remordimientos, y por eso deben vivir alerta ante el peligro de pecar.

La castidad es una virtud delicada y es preciso conocer su valor para saberla defender y no perderla. Si sois aún muy jóvenes y los chicos se os acercan para hablaros de matrimonio, no adelantéis las relaciones, pues por no pensar en el paso decisivo que van a dar, a muchas les vienen luego las lágrimas tardías.

La época del noviazgo tiene sus peligros propios y hay que vigilar mucho sobre sí, porque la pasión es ciega y puede arrastraros al precipicio.

A las jóvenes digo: Procurad no ser un día el oprobio de vuestros padres. Fijaos en este pasaje del libro sagrado del Eclesiástico (42,9ss): *«Una hija es para un padre un tesoro que hay que guardar, un cuidado que quita el sueño, porque en su juventud no se vea violada, y no sea aborrecida después de casada. En su doncellez no sea deshonrada y se vea encinta en la casa del padre; que no sea infiel al marido, y bien casada sea estéril. Hijo mío, sobre la hija atrevida refuerza la vigilancia, no te sea escarnio de tus enemigos, fábula de la ciudad, objeto de burla entre el pueblo, y te avergüence en medio de la muchedumbre... La hija deshonrada es el oprobio de los padres».*

Las jóvenes deben prepararse para ser buenas madres y a este fin deben procurar que su noviazgo sea cristiano y santo a la edad competente. No imitar a tantas que con su ligereza y manera de vivir van pregonando su pérdida de pudor y de vergüenza hasta verse ellas mismas desgraciadas. Y porque otras «lo hagan», eso no justifica tu pecado.

Las personas que desean ser religiosas tienen un tiempo de noviciado, unos meses, durante los cuales ven si les agrada aquella vida y si pueden cumplir las obligaciones y sacrificios que se les exige, si no se vuelven atrás. Pero el noviazgo, tiempo de preparación para el matrimonio, es el único que disponen de noviciado, y sólo durante él pueden volverse atrás; mas una vez casados, ya no hay noviciado alguno. Por eso dice el adagio: «Antes de que te cases, mira a ver lo que haces».

Consejo a las jóvenes y a los jóvenes en tiempo de relaciones

1) *A las jóvenes.* Se fuerte, mantente en tu puesto. La joven no debe transigir jamás

con ciertas libertades que la llevan al pecado. Muéstrate intransigente en materia de pureza.

Cierto día se me acercó un joven para pedirme un consejo: «Llevo, me dijo, tres años en relaciones con una chica y estoy dispuesto a abandonarla, ¿qué me aconseja? Y ¿cuál es la causa?, le respondí. Sencillamente me replicó: porque ha condescendido demasiado y he pecado muchas veces con ella y yo hubiera querido una mujer en su puesto, y ahora al verla tan manchada y temiendo desavenencias futuras, prefiero ya dejarla...».

Refiero este caso para que las jóvenes vean cómo deben portarse en sus relaciones, que se hagan respetar, porque entonces su novio, en el trato no será tan atrevido. Da a tu novio tu amor y tu afecto, mas nunca tu cuerpo, porque te despreciaría y algún día te echaría en cara tus mismas culpables condescendencias. A veces tiene más culpa la mujer que el hombre.

2) *A los jóvenes.* Vuestra novia es un tesoro. Miradla como a vuestra madre. Como quisierais que miraran un día a vuestras hijas. Cultivad en ella la castidad, el pudor y la modestia, pues son joyas de ines-

timable valor. Los jóvenes que viven cristianamente admiran a las chicas castas y jamás las seducen.

Los jóvenes formales deben buscar una esposa de su casa, buena, modesta, trabajadora y virtuosa.

El matrimonio es cosa seria. Procurad que vuestras relaciones sean castas y luego os querréis más en el matrimonio y no habrá desavenencias o divorcio, como sucede en muchos casos. No hay que profanar el santuario de la familia. «Lo que Dios unió que no lo separe el hombre».

No seas ignorante en religión

La causa de todos los males existentes es la ignorancia religiosa. Ya el Papa Pío XII lo dijo así: «De entre todos los males que aquejan a la sociedad presente ninguno más grande ni más profundo que la ignorancia religiosa».

En un congreso católico en 1913, el que un día sería cardenal Gasquet narró la siguiente anécdota:

Estando yo en una región minera de Inglaterra, un día se lamentaba delante de los

protestantes de la ignorancia cristiana de muchos obreros. Se me dijo que exageraba, por lo cual propuse una experiencia. Estaban pasando los mineros y llamé a uno de ellos designado al azar. Le interrogué: ¿Me permite una pregunta? ¿Qué sabe Vd. de Jesucristo? Me respondió: «Jesucristo... No lo conozco; sin duda no es de los que trabajan en mi galería».

Si esta pregunta se hiciera aún en nuestros días a muchos obreros y jóvenes, ¿no obtendríamos idéntica o parecida respuesta?

¡Qué tristeza da considerar un momento esta ignorancia de los hombres acerca de su Dios y Redentor! Y ¡se llaman cristianos!

Otros muchos ejemplos, parecidos a este, podríamos ver repetidos en nuestra sociedad actual dada la ignorancia y el indiferentismo religioso de muchos.

Para salir de la ignorancia religiosa es necesario el estudio de la religión y empezar por conocer el Catecismo donde tenemos en resumen todo lo esencial de la doctrina enseñada por Jesucristo, la que todo cristiano tiene que saber y practicar. Además debe leer con frecuencia los Evange-

lios para conocer la vida y milagros obrados por Jesucristo.

La primera catequista, como hemos dicho es la madre y es la que debe ir enseñando a sus hijos las primeras oraciones y verdades fundamentales del cristianismo y luego procurarle buenos educadores.

Necesidad del Catecismo

El Catecismo es de suma necesidad porque en él se enseñan las verdades reveladas por Dios que se deben creer y los preceptos que se deben observar para conseguir la vida eterna.

El célebre filósofo Jouffroy, profesor de la Universidad de París había sido incrédulo durante mucho tiempo; pero luego vino a ser un fervoroso católico. Poco antes de morir dijo a sus amigos: «Conozco un librito que leen y entienden hasta los niños, en el que están resueltos todos los grandes problemas de la vida. Leedlo. Este librito es el Catecismo».

El Catecismo es siempre de gran valor. Un joven le pidió a Dn. Alejandro Manzoni, escritor romántico italiano, un libro que le

guiase en el camino, no del arte, sino de la vida. El insigne escritor le entregó un Catecismo diciendo: «He aquí el mejor libro para que aprendas a vivir».

Y ¿cuáles son los problemas de la vida? Son las cuestiones que tanto dieron que pensar a los grandes filósofos: ¿Quién es Dios? ¿De dónde viene el mundo? ¿Cómo fue creado el hombre? ¿Para qué vive el hombre? ¿Cuáles son nuestros deberes? ¿Qué será de nosotros después de la muerte?, etc.

Estas graves cuestiones los filósofos antiguos como Sócrates, Platón y otros, no supieron resolverlas y dijeron muchos disparates. Si hubieran tenido a mano el pequeño libro del Catecismo las hubieran encontrado resueltas.

Mi consejo a tantos obreros, labradores, comerciantes, etc., que van adelantados en años y no tienen ideas claras de religión es que adquieran de nuevo un Catecismo y repasen sus lecciones, y dejando de ser católicos de solo nombre, empiecen a ser católicos de verdad, o sea, prácticos, que conozcan bien la religión católica y la practiquen.

¿Para qué estás en este mundo?

En Alemania vivía hace años un muchacho, hijo de un labrador, que se reveló como hombre de gran oración y, más adelante, también de magnífica acción.

Ese joven, cuando rezaba con sus compañeros, que eran seglares como él, solía decir al final: ·Y ahora para terminar, un Padrenuestro por los que andan por el mundo sin saber para qué...».

¡Cuántos estarían incluidos en aquel Padrenuestro!

«¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Para qué estoy en este mundo? He aquí tres interrogantes trascendentales. El gran pontífice Pío XI dijo: «Los gravísimos problemas que siempre han preocupado profundamente al género humano son los de su origen y de su fin; de dónde viene el hombre y a dónde va; pero ¿quiénes piensan en esto?

El mismo Pontífice añadió: Hay en la actualidad una enfermedad gravísima, propia de la edad moderna, y es la ligereza y falta de reflexión, que trae extraviados a los hombres. De aquí la disipación continua, la insaciable codicia de las riquezas, placeres

y honores... que enredan en estas cosas terrenas y transitorias, y no los dejan elevarse a la consideración de las verdades eternas, ni aún del mismo Dios, único principio y fin de todo el universo creado».

Dios es el creador del mundo y del hombre. El hombre es un viajero. Viene de Dios y a Dios va, según aquella frase de la Sagrada Escritura: *El cuerpo volverá a la tierra de la que ha sido formado y el espíritu volverá a Dios que le dio el ser* (Ecl. 12,7) y a cada uno juzgará según sus obras. Dios nos ha señalado un fin: *«Teme a Dios y guarda sus mandamientos, esto es el hombre todo»*. Esta es la razón de su existencia (ecl. 12,13). Este es el fin para que Dios lo ha creado, para que cumpla sus mandamientos y mediante ellos se salve. Así lo dijo Jesucristo al joven que le preguntó: ¿qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna? *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

Dios quiere que pensemos no sólo en las cosas de esta vida, que hemos de dejar, sino en la vida eterna, pues *«no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Heb. 13,14).

La vida es un paso sobre un puente

Sobre la torre de la victoria de Fatepur Sikri, ciudad de la India, encontraron hace pocos años unos viajeros, una notable inscripción árabe que decía de la siguiente manera: «Jesús ha dicho: El mundo es sólo un puente; transitad por él, pero no levantéis sobre él vuestra morada».

Estas palabras no se encuentran ciertamente en la Biblia, pero son tan profundas y verdaderas que bien merecen haber salido de la boca del Salvador.

La vida humana se parece al paso sobre un puente, en cuya parte opuesta se halla aquella hermosa patria del cielo en la cual hemos de habitar eternamente, pues con el Apóstol repetiremos: *«No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Heb. 13,14).

«Esta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna» (1 Jn. 2,25), y por eso los cristianos debemos vivir con la esperanza del más allá. Pensemos que somos peregrinos..., lo que quiere decir que no está aquí nuestro destino.

La vida es un puente, construimos palacios, adquirimos fincas de recreo como si

fuéramos eternos, y ¿en qué viene a parar todo esto? «Palacios, fincas de recreo, ciudades, casas, tierra, oro y plata, decidme: ¿cuántos dueños habéis tenido? ¿cuántos tendréis todavía?»...

No te apegues a tu palacio

Gerardo Kempis, hermano de Tomás, se hizo construir un palacio magnífico e invitó a sus amigos para que lo admirasen. Todos se hicieron lenguas de la casa; no hubo más que uno que le opusiera algún reparo.

—Tu palacio es magnífico —dijo—, pero, con todo, yo te aconsejaría algo.

—¿Qué? —preguntó el dueño—. Haz tapiar una puerta. —¿Cuál? —Aquella por la que te sacarán un día para llevarte al cementerio...

—Ah, sí; pero esta puerta no se puede tapiar, pues la muerte es un huésped desagradable del que el hombre no se puede librar. Dice una copla popular: Desde el día que nacemos a la muerte caminamos; no hay cosa que más se olvide, ni que más cerca tengamos... *«La figura de este mundo pasa»*, dice San Pablo (1 Cor. 7,31). Todo

pasa rápidamente... Todo prueba nuestra nada.

«Acuérdate que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá. Antes de tu muerte haz bien a tu prójimo, y según tus posibilidades ábrele tu mano y dale... Mira que tienes que dejar lo tuyo para otros, y tu hacienda se la distribuirán tus herederos» (Eclo. 14,12-15).

Obra bien. Dios lo ve todo

Muchos creen que Dios no los ve cuando obran ocultamente. Un empleado de una importante compañía finge recibir una carta en la que se le comunica una grave enfermedad de su padre. Los jefes le conceden el permiso, mas dudando de la sinceridad del joven, mandan un policía secreta que le siga los pasos.

Este ve al presunto enfermo gozando de salud. El joven el primer día convida a cenar a sus compañeros. Participa el policía como si fuese de los amigos y saca unas fotos. Al otro día van de caza; el policía acompaña al joven y fotografía escenas en las que aparece en primer plano. Cuando se

le ocurre volver, los jefes le presentan dichas fotos y le expulsan de la compañía.

También Dios va sacando fotografías de nuestra vida y nos las presentará el día del juicio. ¡Si pensáramos en esta mirada de Dios! Si así lo hiciéramos, dice Santo Tomás, «nunca o casi nunca pecaríamos».

De hecho Dios nos ve. *«¿A dónde huir de tu presencia)»*, dice el salmista (Sal. 138). *«Por mucho que uno se esconda en escondrijos, ¿no lo veré Yo? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra?* dice el Señor» (Jer. 23,23-24).

No obremos como paganos, sino como católicos prácticos.

Dos esclavos negros trabajaban con su señor en el campo. Uno era pagano, cristiano el otro. Apenas hubo marchado el amo, el esclavo arrojó la pala y dijo: «Ven, nos echamos allá a la sombra, el señor se ha ido». El cristiano le contestó: «Mi Señor está aún aquí, y mostró el cielo. No estoy solo, no estamos solos. Dios está presente y ve todos nuestros actos, y por lo mismo hemos de obrar siempre bien.

El tiempo pasa... y nosotros con él

Un buen día, muy cerca de la Puerta del Sol, de Madrid —refiere un cronista— al mirar la hora en el magnífico reloj que una casa de prestigio acababa de reponer en su fachada, me sorprendió una llamada realmente insospechada en medio de aquel trajín, tan ebrio de materialismo.

Era que allí se leían, en tipos parcos sobre fondo austero, debajo de la enorme esfera del reloj, estas dos palabras: *Tempus fugit...* El tiempo huye...

El tiempo huye, el tiempo pasa rápidamente, él trae presto la vejez, la decrepitud, la muerte, el fin de todo... Él nos trae a nosotros al mundo y pronto también nos hará desaparecer de él. «El tiempo, dice San Agustín, no es más que una corrida hacia la muerte. Morimos cada día, porque cada día perdemos parte de nuestra vida; creciendo, decrecemos, y partimos con la muerte el día que creemos disfrutar por entero... Así, al entrar en la vida, ya empezamos a andar hacia la muerte y a salir de la vida».

Pablo VI hablando del tiempo dijo: «Vivimos tan sólo sobre un puente movible o un solo instante fugitivo. Y esto nos lleva a

vivir en razonable intensidad este momento actual... Esto nos enseña el valor del tiempo, nos enseña a no perderlo, a emplearlo en cosas útiles y buenas, en cosas que dan sentido a la vida, su valor. Cada hora es preciosa, cada día es único, cada año vale por sí».

El célebre obispo Bossuet refiere que el reloj de la escuela a la que asistió de pequeño, llevaba en la esfera esta inscripción: *Transeunt et imputantur* (que quiere decir: Las horas pasan y no son tenidas en cuenta). Esta inscripción le impresionó tanto que le movió a hacer fecundas todas las horas de su vida, llegando a ser muy sabio y virtuoso. Aprendamos, pues, nosotros a aprovechar bien el tiempo y a no desperdiciarlo. ¡Se vive una sola vez!

Sé amante del trabajo

Un piadoso industrial hizo que le escribieran en grandes caracteres, en la entrada de la fábrica estas palabras en latín: *«Ora et labora»* = Ora y trabaja». Era el motivo que había de servir de norma a todo el que trabajara en aquella fábrica.

Un joven que amaba el trabajo como el perro el palo, al leer estas palabras creyó que eran el nombre de la casa, y al ver a un señor en el umbral del establecimiento le preguntó: ¿es usted el señor *Ora*?

El otro, que comprendió con quien se las había, respondió: No, por ahora soy el señor *Labora,* y aquí no puedo más que darle trabajo.

Aquel holgazán, al oír tal antífona, se largó al momento, no queriendo sujetarse a aquella penitencia, obligatoria para todos.

Conviene que sepamos todos que el trabajo es una *ley universal,* que pesa sobre toda la humanidad, y a su vez una ley *penal* impuesta por Dios como castigo del primer pecado: *«Con el sudor de tu rostro comerás el pan todos los días de tu vida...»* (Gén. 3,19).

Actualmente el trabajo es una ley *santificadora,* una ley preservativa del mal, pues si el trabajo no os ocupa, nos ocupará la ociosidad, manantial y origen de todos los vicios. *«El hombre,* dice Job, *ha nacido para el trabajo, como el ave para volar»* (5,7).

En los Proverbios leemos: *«El que labre la tierra tendrá pan abundante»* (28,19). *«La mano perezosa empobrece, la*

diligente enriquece» (4). *«Pasé junto al campo del perezoso y junto a la viña del insensato. Y todo eran cardos y ortigas que habían cubierto la haz... A su vista me puse a reflexionar, aquello fue para mi una lección...»* (24,30).

Los jóvenes, si aprovechan el tiempo de estudio llegarán a ser sabios y especialmente si lo dedican al estudio de los Libros Santos, y también santos si practican las virtudes y rectos consejos que ellos inculcan.

El aburrimiento es una enfermedad, cuyo remedio es el trabajo. Trabajar por Dios, descansar por Dios, servir por Dios, es lo único que da valor a las cosas. ¡Felices los que saben este secreto!

Sé observante de la ley de Dios

Fue Cervera el gran almirante que cerró heroicamente la dominación de España en América. Algunos años más tarde moría aquel anciano almirante. Le rodearon en el lecho sus muchos hijos, no menos valientes que católicos. En aquella hora cuando se despedía y quería dejar algún recuerdo a la posteridad, dijo estas palabras:

—Hijos míos, ante todo guardad los mandamientos de la Ley de Dios. El pueblo que guardara esos mandamientos sería el pueblo más feliz de la tierra.

De hecho en la Santa Biblia se nos dice que del cumplimiento de los mandamientos de Dios depende la felicidad temporal y eterna.

Dios dijo, por medio de Moisés, al pueblo de Israel: *«¡Oh, si siempre me temierais y guardarais mis mandamientos para ser felices vosotros y vuestros hijos!»* (Dt. 5,29).

«Ved, yo os pongo hoy delante bendición y maldición: la bendición, si cumplís los mandamientos del Señor, vuestro Dios, que yo os prescribo hoy; la maldición, si no los cumplís» (Dt. 11,26-28).

«Si de verdad escuchas la voz del Señor, tu Dios, guardando diligentemente sus mandamientos, bendito serás en la ciudad y en el campo... El Señor te colmará de bienes y bendecirá el fruto de tus entrañas, el fruto de tus ganados..., mandará la lluvia a su tiempo y bendecirá todo el trabajo de tus manos... Pero si no obedeces la voz del Señor, tu Dios, guardando los mandamientos, maldito serás en la ciudad y en el cam-

po, sembrarás mucho y recogerás poco... (Dt. 28).

Del cumplimiento de los mandamientos de Dios depende nuestra salvación Jesús lo dijo: *«Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

Observa los mandamientos de la Iglesia

Un cortesano dijo cierto día delante del rey Luis XVI que se podía comer tranquilamente carne los días de abstinencia, porque los preceptos de la Iglesia son preceptos dados por los hombres. Mas el rey contestó: «No he visto todavía un hombre que infrinja los preceptos de la Iglesia y guarde los mandamientos de Dios».

Muchos no se dan cuenta que la Iglesia nos da sus mandamientos para que cumplamos mejor los de la ley de Dios, pues ella no hace otra cosa que *aclarar y precisar o determinar el modo* cómo hemos de observarlos.

Un ejemplo: Dios nos manda en el tercero: «santificar las fiestas», y la Iglesia dice «cómo se deben santificar», y concreta diciendo que oyendo el santo sacrificio

de la Misa, por ser el culto más santo y saludable, por cuanto en él se renueva y se actualiza sacramentalmente el sacrificio del Calvario para aplicarnos los méritos de la redención.

La Iglesia la ha fundado Jesucristo y por ser obra suya, el que desprecia los mandamientos de la Iglesia, desprecia al mismo Jesucristo, que la fundó, y así dice a sus apóstoles y sucesores: *«El que a vosotros oye, a Mi me oye, y el que os desprecia, a Mi me desprecia»* (Lc. 10,16).

Notemos que Jesucristo no sólo dice: *«No mates, no robes»*, sino que dice también *«santifica las fiestas»* y viene a ser un mandamiento de Dios el oír la santa Misa los domingos y días festivos.

Emplea bien tu libertad

San Alfonso María de Ligorio escribió: «¡Oh cristiano! en este mundo se te ha puesto ante los ojos la vida y la muerte, y se te ha dejado la elección entre ambas cosas: o privarte de los placeres ilícitos y ganar la vida eterna o gustarlos e ir al infierno. ¿Qué dices? ¿Qué escoges? Eres libre. ¿Qué en-

tendemos por libertad? *Libertad* es el poder o la facultad que uno tiene de obrar o no obrar, o de elegir una cosa con preferencia a otras. Todo hombre goza de libertad porque Dios lo ha creado libre (Eclo. 15,14-15).

La libertad es un don de Dios, que Él nos ha dado para servicio de la verdad y del bien y no para hacer lo malo. La libertad no significa hacer lo que a uno le plazca, sino hacer lo que es del agrado de Dios según lo dicta su santa ley y la voz de nuestra conciencia.

Cuando el hombre quiere el mal es *una señal* de que tiene libertad, pero no está en esto la verdadera libertad. Un hombre puede matar a otro, pero hay un mandamiento divino que clama: «*No matarás*», y otro que dice: «*No robarás*». Por consiguiente ir contra lo mandado por Dios es salirse del cauce del bien que Él nos señala.

La ley no pone trabas o límite alguno a la libertad del hombre, sino que le orienta y le señala un camino que lo dirige hacia el bien a fin de que consiga la perfección. Dios te ha trazado el camino de los mandamientos para llegar al cielo. Si te apartas de él, no llegarás. «*Si quieres entrar en la vida*

eterna, guarda los mandamientos» (Mt. 19,17).

Las leyes de la circulación, ¿qué son sino una orientación para que encauces bien tu libertad? Muchos por quebrantarlas todos los días mueren en algún accidente.

Evita todo placer impuro

Hay en el Evangelio una escena encantadora, la que nos refiere la resurrección del hijo de la viuda de Naím.

Un día en que Jesús se acercaba con sus discípulos y gran multitud a la ciudad de Naín, se encontró a su entrada, con un cortejo que llevaba a enterrar a un joven, hijo único de la viuda que le lloraba inconsolable. Él movido de compasión ante las lágrimas de aquella madre, se acercó a ella y le dijo: No llores. Luego se dirigió al difunto, y le dijo: Joven, yo te lo mando, levántate. Al punto, el joven, como si se despertase de un plácido sueño, se incorporó y empezó a hablar, y Él se lo entregó a la madre, dejando maravillados a todos los que habían presenciado tan estupendo prodigio.

San Ambrosio comenta este pasaje y dice: «También la Iglesia llora la muerte de infinidad de hijos suyos, pero una muerte mucho peor que aquella, porque es la muerte de la gracia, muerte del alma por el pecado, muerte eterna...» y por ese temor de verles perecer eternamente llora sin consuelo por verlos devueltos a la vida.

Todo pecado mortal, especialmente el de impureza envilece y esclaviza y por lo mismo a ti, joven, en nombre de Cristo, y con las palabras que Él se dirigió al hijo de la viuda de Naín, te digo: «Joven, levántate...», sí, levántate del estado en que estás caído y vuélvete a Cristo, como un día lo hicieron la Magdalena, la Samaritana... el hijo pródigo. Piensa que *Jesucristo ha venido a este mundo a buscar a los pecadores* (1 Tim. 1,15), y quiere *que todos los hombres se salven,* y por eso pon los medios para salir del pecado. Empieza por quererlo de veras. (Recomiendo mi libro titulado: *«Joven, levántate»* donde tienes señalados los medios que debes poner para combatir el pecado torpe, y también el titulado: *«Formación del carácter»*).

No te dejes llevar de la pasión del juego

Un jugador se dirigía cada día a una casa de juego en compañía de un perro que se llamaba «Filax». En cierta oportunidad le encontró un amigo, el cual extrañado de no verle con el perro, le preguntó: ¿Qué has hecho de tu fiel Filax?

—Tiene muy buenas razones para no querer venir conmigo —contestóle el jugador—. La última vez que me acompañó le dieron una tunda feroz, y como no ha olvidado los palos, no he podido conseguir que venga.

—Confiesa —replicó el amigo—, que «Filax» es más sensato que su dueño, que vuelve siempre a la casa donde arruina sus bienes.

El juego ha arruinado a muchas familias, y hay que velar mucho sobre sí, y ser ante todo hombre trabajador antes que jugador. No hay que poner la suerte en el juego. El incauto empieza a sugestionarse con el juego y se dice: quizá gane buen jornal arriesgando una pequeña cantidad; quizá logre enriquecerme sin el sudor de mi frente. Probemos fortuna; en alguna parte ha de caer la suerte; tal vez sea yo el favorecido. ¡Sugestión! ¡fallida!...

Probemos otra vez, se dice. Como ha ganado el otro puedo ganar yo. Puede ser un poco mayor la apuesta. Y cobra cuerpo la sugestión. Y *«por una chispa se levanta un incendio»* (Ecl. 11,34). La pasión del juego, como dijo Aristóteles nace de la avaricia... y el que se entrega a esta pasión se convierte muy pronto en esclavo y se llena de inquietudes y cuidados y trae a veces crímenes y desesperaciones... y desgracias. Abstente de ir a la casa del juego, fortifica esa voluntad y vendrá la paz a tu alma.

Evita el mal de la embriaguez

En París hubo un jefe de policía que luchó de un modo curioso y eficaz contra el ruidoso estrépito que los borrachos levantan por la calle.

Hizo rodar una película cuando estaban borrachos, y una vez en estado normal, la hizo proyectar ante ellos. La impresión fue enorme; cada movimiento, cada gesto en las horas de embriagues les causó una fuerte impresión de vergüenza y púsoles de relieve el espantoso ridículo a que el vicio los había condenado.

En la Biblia leemos: «*El vino desde el principio fue creado para la alegría, no para la embriaguez. Alegra el alma y el corazón bebido a tiempo y con sobriedad. El vino bebido con exceso causa contiendas, iras y muchos estragos y es amargura del alma. La embriaguez hace osado al necio para ofender; quita las fuerzas y es ocasión de heridas. En una reunión de bebedores no reproches a nadie y no trates con desdén a uno que está ebrio. No le ultrajes ni le apremies con reclamaciones*» (Eclo. 31,35-42).

El dado a la embriaguez jamás se hará rico... El vino y las mujeres extravían a los sensatos. El que frecuenta las meretrices se hará un desvergonzado, la corrupción será su herencia y el procaz va a la ruina» (Eclo. 19). «*La mujer que se embriaga es del todo enojosa, que no ocultará su vergüenza*» (Eclo. 26,11).

En estos textos bíblicos podremos ver el gran mal que es la embriaguez. Si eres dado a la bebida medita y no vendas tu libertad de hombre por unos sorbos de veneno. El borracho reincidente, el alcohólico empedernido nos ofrece el triste y repugnante espectáculo de caerse en cualquier

parte y quedar tendido en la calle, sobre el polvo, en un charco...

«En un día, dice San Ambrosio, beben el fruto de muchos días de trabajo... Muchos murieron por la gula, ninguno por la frugalidad; innumerables son los que se perdieron por la gula, ninguno por la sobriedad.

Si eres propenso a la bebida, sigue este consejo: Fortifica hoy tu voluntad, no te acerques fascinado, vencido a la bebida seductora. Imita a un Matt Talbot, cómo luchó por dejar el vicio (Este ejemplo puede verse en mi libro: «Formación del corazón»).

No seas blasfemo

En América había un ateo que daba mucho que hablar por su furor sectario: Wirney. Un día, entre unos amigos, se exaltó hasta decirles: «Para que veáis claramente que no hay Dios, yo desafío a ese omnipotente que decís a que me haga morir de repente. Pero no temáis, aunque blasfeme, no sucederá nada, precisamente porque no existe». Apenas dijo esto cayó muerto. Este suceso verídico, causó enorme impresión en Estados Unidos.

El que blasfema, sin duda, no sabe lo que se hace a sí mismo, porque si reflexionase que con la blasfemia está ofendiendo a Dios, su Creador, primer autor de su vida y que la puede quitar de un momento a otro, lo reconocería y dejaría de pecar. Dios no suele castigar al blasfemo inmediatamente, como en el caso dicho, pero a la larga le tocará sufrir mucho.

La blasfemia es el lenguaje del infierno, que envilece y degrada al que la pronuncia e indica bajeza y falta de cultura y educación. La blasfemia es hija de la soberbia y no hay cosa peor. Su gravedad es muy grande, porque el mismo Dios dictó sentencia contra el primer blasfemo que se encuentra en la historia de Israel: *«Quien blasfemare el nombre de Dios, toda la asamblea lo apedreará»* (Lev. 24,16). *«La boca del blasfemo,* dice el salmista, *está llena de maldición»* (10,7). El blasfemo es un insensato, un loco furioso, promotor del escándalo. Un padre que blasfema delante de sus hijos, es causa de que ellos luego blasfemen...

Líbrate de la droga y de la enfermedad del «Sida»

Un médico entrado en años preguntó en cierta ocasión a un joven que entonces empezaba la carrera: —¿Podrás decirme desde aquí, desde el centro de esta sala, cuál es el enfermo más grave que hay en ella?

—¿Cómo decirlo desde aquí, de tan lejos? —contestó el joven médico.

—¡Pues claro que se puede decir! ¿Ves allí en aquel rincón? Aquél es el enfermo que está más grave. Su cara está llena de moscas, y él las aguanta con tranquilidad... Es la señal de la postrer impotencia.

Así también, al examinar al hombre moderno, a este nuevo pagano, lo que más alarma es ver que aguanta tranquilo, sin agitación, sin remordimientos la lepra del pecado sexual, del que provienen la droga y especialmente el mal del «sida»...

1) *Los drogadictos.* Una de las enfermedades que se va hoy generalizando es la proveniente de las drogas, las cuales están haciendo estragos irreparables en la juventud, ya que a sus adictos los esclavizan hasta no poder pasar sin ellas.

Las drogas suelen producir cierto pla-

cer, y muchos terminan entregándose a él con frenesí inevitables, y, por la reiteración en él, llegan a no poder contenerse, y así poco a poco arruinan su salud y no se dan cuenta que se les aproxima la muerte antes que ellos quisieran.

El drogadicto es un verdadero enfermo, que no le preocupa más que la droga, y vive obsesionado por conseguirla: a no comer, a reducirse a un mal oliente, a robar e incluso a prostituirse, y se convierte en un esclavo de la pasión. Para evitar la enfermedad proveniente de ella, el remedio es no probarla y oponerse a su legalización...

2) *Los enfermos del «sida».* La enfermedad del «sida» y su contagio nace por lo general del pecado sexual. Empezó atacando a los homosexuales, y ahora se va extendiendo, alcanzando a las más diversas personas, incluso niños, ya por sus padres o familiares, portadores del sida, ya por transfusiones de sangre contaminada. Da pena ver hoy a muchos de los que la padecen, sin alegría por hallarse rodeados de continuos sufrimientos hasta de la cercanía de la muerte...

El remedio más eficaz contra esta enfermedad es la abstención de relaciones sexua-